

La espiritualidad ignaciana es laical

Apuntes sobre “Ignacianidad”¹

Carlos Rafael Cabarrús, SJ

Cada vez más, gracias a Dios, nos encontramos explícito el fenómeno de personas –mujeres y hombres, casadas y solteras– que vibran con lo Ignaciano. Nos las podemos encontrar en instituciones de la Compañía de Jesús o fuera de ellas. Gente que se ha acercado de alguna manera a los jesuitas, a las religiosas que viven esta espiritualidad, o a quienes viven de algún modo lo Ignaciano, y experimentan una cierta sintonía con el *modo de proceder* de los jesuitas. A todas estas personas les dedico estas líneas que quieren favorecer el poner más en evidencia un carisma legítimo que está por tomar aún más cuerpo dentro del mundo laical².

Es mi deseo que estas páginas³ puedan significar a la vivencia de la espiritualidad ignaciana por personas laicas, algo similar a lo que significó para los

¹ El P. Arrupe, en una Alocución que dirigió a los participantes del Simposio sobre Segunda Enseñanza (13 de septiembre de 1980) empleó esta palabra cuando decía: “*la educación que reciban nuestros alumnos les dotará de cierta ignacianidad, si me permitís el término*”. Hoy quiero recuperar esta formulación del P. Arrupe para hablar de espiritualidad ignaciana laical.

² Quiero agradecer a los laicos y laicas ignacianos(as) que de alguna manera, con sus inquietudes vitales, me retaron a escribir estas páginas. También a aquellas personas laicas y jesuitas que leyeron y aportaron a ellas antes de su publicación, y especialmente a Esther Lucía Awad Aubad, sin quien este artículo no tendría la fluidez, el orden y la hondura que ahora tiene.

³ Este artículo recoge la presentación hecha a laicos y laicas en Fortaleza, Brasil, en junio de 1999, y en las CVX en Guadalajara, México, en noviembre del mismo año.

jesuitas, a principios de la década del 80, el documento del padre Arrupe “*El modo nuestro de proceder*”⁴. En aquel entonces (después de la crisis de los años 70) no estaba muy clara la identidad del jesuita en nuestros tiempos... El padre Arrupe revivió las fuentes, redescubrió el discernimiento y, en general, revitalizó nuestra identidad. Algo semejante está pasando ahora con la espiritualidad laical desde lo ignaciano, y es una urgencia trabajar por hacerla más diáfana, y sobre todo más cercana a un mayor número de mujeres y hombres que puedan encontrar en ella un “*modo de proceder*” en el mundo.

Sé que estas páginas sólo podrán ser plenamente comprendidas por aquellas personas que han hecho el “itinerario de la ignacianidad”⁵: especialmente la experiencia de los Ejercicios Espirituales⁶, y la experiencia de estar comprometido(a) con la tarea del Reino. A los laicos(as)⁷ que han hecho este itinerario, les ayudarán a comprender mejor los rasgos de la espiritualidad que ya han experimentado. A los jesuitas y religiosas formadas en esta espiritualidad, les darán pistas para saber detectar y potenciar esas señales de ignacianidad en las personas que los rodean. Sin embargo, también quiero que sean una invitación a

⁴ ARRUPE, Pedro. *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*. Santander, Sal Terrae, 1981. 696 pág.

⁵ Tal como lo planteamos en el final de este artículo: conocimiento personal profundo como punto de partida; experiencia de trabajo comprometido y/o convivencia con los más necesitados, experiencia de grupo, y de oración; formación en discernimiento; algo de conocimiento de la vida de Ignacio, y vivencia de los Ejercicios Espirituales como experiencia fundante. Cfr. Última parte de este artículo.

⁶ Para quienes se inician en el tema: los Ejercicios espirituales, son experiencias de oración (de 8 o 10 días generalmente, y de 30 días conforme a como lo escribió San Ignacio), en clima de desierto –apartado del medio en el que se vive y en silencio–. Es una experiencia que siempre debe ser acompañada por alguien que da los temas para la oración y con quien se confronta cada día lo que va aconteciendo en ella. Tienen en sí mismos una secuencia: una entrada ubicadora –el Principio y fundamento–, luego la experiencia de la misericordia, sentirse pecador(a) perdonado(a) e invitado(a) por ello mismo a construir el Reino –Meditación del Reino–. La mejor manera de construirlo es el seguimiento de Jesús –contemplación de la encarnación, nacimiento, vida oculta, y la vida pública, meditación de dos banderas (la de Jesús o contra Jesús), meditación de “binarios” –tipos de gente– (evaluación a la voluntad de seguir a Jesús), consideración de tres maneras de humildad (evaluación de la fuerza del afecto con que se sigue a Jesús). Este seguimiento entraña la experiencia pascual: la cruz y la resurrección. Terminan con el broche de la “*contemplación para alcanzar amor*”.

⁷ Se entiende por laico(a) –al igual que en la época de Ignacio–, a aquellas personas que no pertenecen al clero, ni a ninguna orden religiosa.

dejarse afectar, para aquellas personas que apenas empiezan a acercarse a esta espiritualidad..., quizá muchas ideas y conceptos no los alcancen a desentrañar todavía; tal vez les sea difícil comprender toda la significación de la experiencia de los Ejercicios; pero, sin duda alguna, será posible que se dejen impresionar e interpelar por los rasgos que caracterizan la ignacianidad, y que posiblemente han visto vivir a otros(as) y se han sentido atraídos(as) por ellos.

El laico Ignacio de Loyola

Lo primero que quiero resaltar, es el carácter de laico de Ignacio de Loyola cuando experimentó todas aquellas vivencias que luego plasmó en los Ejercicios Espirituales, y finalmente marcaron el modo en la Compañía de Jesús. Ignacio de Loyola era laico cuando inició su proceso de conversión en Loyola y empieza a reconocer la existencia de diversos espíritus. Era laico cuando vivió la intensa experiencia de Manresa⁸. Era laico cuando experimentó y escribió los Ejercicios Espirituales. Era laico cuando empezó a tener junto a él compañeros a los que les fue dando los Ejercicios, y así les fue comunicando un modo específico de ser.

La espiritualidad Ignaciana, *la ignacianidad*, nace pues como un carisma⁹ laical, descubierto por un laico y con una metodología –los Ejercicios– que fueron concebidos desde esta perspectiva. Sólo pasados muchos años y muchas experiencias, los compañeros deciden constituir la Compañía de Jesús, en donde se plasma la espiritualidad Ignaciana cuando ésta se hace congregación religiosa. Pero el origen del carisma Ignaciano es laical: en Manresa, en 1522, vivió Ignacio la experiencia espiritual más fuerte (la misma que luego plasma como “método” en los Ejercicios espirituales), y sólo hasta 1534, en Montmartre (París), hace votos religiosos; es decir, durante más de diez años vivió su espiritualidad como laico. La Compañía de Jesús da un modelo de cómo se hace cuerpo un carisma, pero no

⁸ Pueblo al cual se desvió Ignacio cuando se dirigía hacia Barcelona en el inicio de su peregrinación a Jerusalén, después de haber velado sus armas ante la Virgen de Monserrate. En esta población junto al río Cardoner, una gruta de poca profundidad sirvió a Ignacio para sus prácticas de oración y penitencia.

⁹ Carisma es la manera de captar y vivir el Evangelio de Jesús. La genialidad de Ignacio es que su carisma, su modo de captar a Jesús, lo hizo *método* (en los ejercicios), y por eso *lo puede difundir*. Esta también es la causa por la cual este carisma sólo puede comprenderse en profundidad después de haber hecho la experiencia de los Ejercicios.

lo agota, por principio. El carisma Ignaciano puede ser vivido –y es vivido– en personas y en instituciones no jesuitas, con pleno derecho¹⁰.

Estas afirmaciones, toman fuerza, si miramos detenidamente la historia de Ignacio. La fuente de la *espiritualidad Ignaciana* se dio en la experiencia de Manresa, justo después de su conversión, y esta experiencia la vivió él como un laico. Como laico Ignacio escribió los Ejercicios después de haber sido una experiencia vivida en él. El peregrino penitente –laico– que llega a Manresa, sale convertido en un peregrino apóstol –laico–. Esos once meses son de los más decisivos en la vida de Ignacio y en su obra: durante esa estadía es cuando tiene una de las experiencias místicas que más marcarán a Ignacio: *la del Cardoner*¹¹. Allí, como él mismo lo expresa:

Se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas (...) y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes” (Autobiografía, 30)¹².

Luego, una vez que se ha persuadido Ignacio de que no puede vivir y morir en Tierra Santa, como era su hondo deseo desde su convalecencia, comienza

¹⁰ Ignacio mismo lo veía así: en 1543 obtiene la bula de Paulo III para erigir la compañía de Santa Marta, para las pecadoras arrepentidas; y en 1546 crea el monasterio de Santa Catarina della Rosa, dirigido por laicos y dedicado a educar jovencitas en peligro de caer en la prostitución, y aunque la bula de aprobación aparece después de su muerte, es una obra tomada muy en serio por sus compañeros. Cfr. RAVIER, André. *Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús*. Obra Nacional de la buena prensa, México, 1991. 567 págs.

¹¹ Iba hacia la Iglesia de San Pablo, caminando junto al río Cardoner –en las inmediaciones de Manresa– y se sentó a descansar mirando la profundidad del agua.

¹² Las referencias a la Autobiografía, el Diario Espiritual, y las Constituciones, están tomadas de las Obras completas de Ignacio de Loyola, BAC. Madrid, 1982.

—porque experimenta que lo necesita para poder fundamentar y contagiar su experiencia— la formación intelectual. Allí su vocación laical, la típica suya, comienza a manifestar un elemento importante: búsqueda de compañeros a quienes les va dando los Ejercicios y les va comunicando un modo de ser. Pedro Fabro, uno de sus primeros compañeros, en 1540 es el fundador y animador de uno de estos grupos llamado “congregación del Nombre de Jesús”. El objetivo de esta agrupación era la renovación de la vida espiritual de los seculares, el apostolado de enseñar la doctrina cristiana, asistir a los pobres vagabundos y acompañar a los ajusticiados en la hora de la muerte¹³.

Sin embargo, la Compañía de Jesús, por muchas razones históricas, prácticamente se ha adueñado de toda la espiritualidad Ignaciana, de toda la *ignacianidad*. A pesar de que desde muy temprano había instituido las Congregaciones Marianas (agrupaciones estudiantiles que emanaban de la experiencia de los Ejercicios, en donde se unían virtud, ciencia y servicio) seguía siendo el carisma algo de pertenencia exclusiva de los jesuitas. De algún modo lo compartían con los laicos en estas Congregaciones, pero que no eran considerados, finalmente, como auténticamente ignacianos. Por otra parte, también desde el mismo inicio de la Compañía, hubo una atracción de aplicar el carisma a institutos religiosos femeninos¹⁴, y aunque existieron algunos fundados según este carisma, fueron respaldados por algún jesuita en particular, pero no aprobados por la Compañía de Jesús como tal. Es decir, de cierto modo, “robaban” el carisma Ignaciano, pero no les era legítimamente compartido.

Una de las grandes aplicaciones de esta espiritualidad Ignaciana hecha por los jesuitas para la vivencia del carisma desde los laicos(as), a lo que llamamos *ignacianidad*, fue la *ratio studiorum*¹⁵. Como es bien conocido, con las primeras Reglas del Colegio Romano se fue elaborando el documento que culminó en esa

¹³ Cfr. BAZAN, Jesús María. “Integración y Solidaridad, el camino ignaciano para seculares”. Manresa, Vol. 61, Julio-septiembre 1989, pág. 214

¹⁴ Esta vía siempre fue bloqueada por el mismo Ignacio. Al igual que con el coro, Ignacio lo rechazó para facilitar el trabajo y la disponibilidad a la Misión. La razón aducida fue el impedir que los jesuitas estuviesen dedicados a atender a las religiosas con las que habría alguna semejanza carismática, disminuyendo así la disponibilidad para la misión, generado por mala experiencia con las primeras “jesuitas”.

¹⁵ Plan de estudios que señalaba cómo debía ser la estructura académica en todos los colegios jesuitas.

estructura de los estudios promulgada en enero de 1599. La *ratio* fue la guía del sistema educativo de la Compañía por doscientos años¹⁶. Esto, en principio, debió ser siempre fuente de *ignacianidad*, en muchos de nuestros estudiantes. Es decir, siguiendo la estructura de estudios propuesta por la *ratio*, se haría de quienes estudiaban en nuestros colegios, personas ignacianas, ya que con dicho plan de estudios se les transmitiría el carisma ignaciano

El desconocimiento de este documento de la *ratio studiorum*, el anquilosamiento del modelo, la imposibilidad de un sistema unificado de educación para todos los colegios de la Compañía en el mundo, el avance de la ciencia -que no quedaba asumido en él- y la inquietud de si la educación ofrecida en los colegios de la Compañía cumplía la finalidad apostólica de la misma, lleva primero al olvido de este documento, y luego a una nueva formulación sobre lo que es la espiritualidad ignaciana y la educación de la Compañía¹⁷. Posteriormente, estas mismas inquietudes, y la necesidad de hacer más práctico el modo de aplicar la *ignacianidad* a la educación, hacen que se elabore el Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI): una experiencia educativa formulada desde el mismo esquema de los Ejercicios Espirituales¹⁸.

A pesar de esto, mirándolo sólo desde esta perspectiva, queda reducida la *ignacianidad* al ámbito educativo, y por tanto a las personas que se encuentran en este campo, o a una herramienta pedagógica¹⁹; más que a un modo de vida, a una manera de situarse en el mundo, que es lo que tendría que ser.

¹⁶ Cfr, VASQUEZ, Carlos. "La espiritualidad ignaciana en la educación jesuítica", En: *Ignacianidad*, Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, 1991. pág. 195.

ACHAERANDIO, Luis. Características de la Universidad inspirada por el Carisma propio de la Compañía de Jesús, Universidad Rafael Landívar URL, Guatemala, 1994.

¹⁷ Cfr. *Características de la educación de la Compañía de Jesús*, CONED, Madrid, 1986

¹⁸ El PPI se plantea en cinco pasos fundamentales: contexto, experiencia, reflexión, acción, y evaluación. Cada uno de estos pasos es extractado de la dinámica misma de los Ejercicios, y aplicados a la educación. Ignacio, antes de comenzar a dar los Ejercicios, deseaba conocer la capacidad y predisposición de la persona -contexto-; hacia énfasis en que se debe "*gustar las cosas internamente*", conocer por el sentir-experiencia-; lleva al discernimiento, a la clarificación con el entendimiento -reflexión-; genera el *compromiso* "*el amor se debe poner más en las obras que en las palabras*" (EE 230) -acción-; y finalmente el examinar de Ignacio, cuyo objetivo fundamental es buscar el *magis* -evaluación- como medio para irse constituyendo "persona para los demás". Cfr. *Pedagogía Ignaciana, un planteamiento práctico*.

¹⁹ Con el agravante de que, en muchas ocasiones, los educadores lo aplican sólo como una técnica pedagógica, ya que no brota de su propia vivencia, pues no han hecho la experiencia

Los ejercicios espirituales²⁰, la cuna de la “Ignacianidad”

Lo básico de la espiritualidad ignaciana es *experimentar*, sentir, hacer, padecer, gozar... Es la experiencia que se vive principalmente en los Ejercicios Espirituales (EE), pero también –aunque dimana de los Ejercicios– se puede vivir por sintonía y porque se tiene el carisma.

En los Ejercicios, “experimentar” es fundamental, determinante. Tres verbos ejes son cruciales en el camino de experimentar en los Ejercicios: “*sentir*” –dejar que mi sensibilidad vibre de la misma manera que vibra la de Jesús–, “*hacer*” –hacer con y como Jesús, en el horizonte de que venga el Reino– y “*padecer*” –consecuencia lógica de pretender el Reino a la manera de Jesús, frente al poder de este mundo que lo ahoga²¹... y sólo se entienden desde la construcción del Reino²², como veremos más adelante.

Para hacer posible este experimentar, Ignacio –gran conocedor de la persona–, aprovecha mecanismos psicológicos que posibilitan la experiencia. Por ejemplo, capta el papel de la culpa sana como resorte para vivir la experiencia de la conversión, emplea el mecanismo de la emulación para disponer al compromiso con el Reino desde el seguimiento de Jesús, utiliza la sensibilidad, la inmersión total de la persona en la contemplación y la aplicación de sentidos –ver, oír, gustar...– para posibilitar el conocimiento de Jesús que lleva al seguimiento, “...*conocimiento interno del Señor... para que más le ame y le siga*” (EE 104), etc.

De todo lo anterior se concluye que esta triple experiencia –sentir, hacer y padecer–, pretendida en la metodología de los EE, constituirá la matriz para formar lo “Ignaciano” en alguien. Eso que estamos llamando “*ignacianidad*”.

Se inicia esta experiencia con el Principio y Fundamento. El objetivo de esta parte de los EE es, ciertamente, ganar la libertad, ganar la “indiferencia”: *...por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas...* (EE 23). Indiferencia

de los Ejercicios, y por tanto, aunque sigan la metodología, no contagian la ignacianidad, ni alcanzan los frutos deseados.

²⁰ Ver nota 6.

²¹ Cfr. RAMBLA, José María “Hacer y Padecer” en Manresa, Op. Cit. Pág. 195-208

²² El Reino es el proyecto de Dios Padre y Madre para con la humanidad. Implica justicia, igualdad, dignidad, ecología. Empieza en este mundo y termina en el seno de Dios.

entendida como libertad frente a todo, especialmente frente a las grandes sombras de la vida: la muerte, la enfermedad, el dinero, el poder... Esta libertad se convertirá en experiencia fundante y generadora de una serie de actitudes. Ignacio en unas reglas para los jesuitas –poco conocidas²³– estipulaba lo siguiente en torno a la libertad:

Conserva la libertad en cualquier lugar, y ante cualquiera, sin tener en cuenta a nadie; sino siempre ten libertad de espíritu ante lo que tienes delante; y no la pierdas por impedimento alguno: nunca falles en esto.

Por tanto, el que ha captado el carisma ignaciano será la persona libre que no hipoteca su libertad a ningún precio. Gran signo de este nuevo Principio y fundamento es “*sentir*” la libertad. Obviamente que esta experiencia no va sola. Tiene otras realidades que la complejizan.

Luego, la experiencia de *primera semana* es la del(a) pecador(a) perdonado(a). Acá lo que se tiene que vivenciar es cómo ha estado entorpecido nuestro “hacer”; es captar que, por causa de nuestro pecado²⁴, “se hace” llevar a la muerte a Jesús... Esta experiencia es la que posibilita el diálogo propuesto por Ignacio: “¿*Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué debo hacer por Cristo?*” (EE 53). Aquí nos encontramos con que el *sentir se convierte en un hacer, en una tarea*. Es decir, la experiencia fundamental de la primera semana es la del(a) pecador(a) perdonado(a) a quien el perdón se le convierte en misión, pues no es *a pesar de ser pecadores*, sino *precisamente por ello* (1 Co 1, 25 ss) por lo que se nos invita a seguir a Jesús, para ser puestos(as) con Él²⁵ en la tarea de construir el Reino.

²³ Son poco conocidas unas reglas presentadas en el volumen XII de las cartas de Ignacio, en el Apéndice 6, pág. 678-679. Son siete reglas que describen actitudes que pueden traducirse en normas concretas de comportamiento. Podríamos definir las como el gran “presupuesto” de todo jesuita si quiere ser instrumento válido para la misión. Debemos este descubrimiento al P. Chércoles. Presentamos la 5ª de estas reglas.

²⁴ La insolidaridad hecha a los hombres y por ella hecha a Dios, es la raíz fundamental del pecado que ahoga también lo más profundo a lo que se es llamado.

²⁵ “Ser puestos con el Hijo” es la petición fundamental que propone Ignacio que se haga al Padre. Él tuvo esta experiencia de ser “puesto con el Hijo”, en *la Storta, una capilla* ubicada 11 kms. antes de Roma.

La experiencia de ser pecador(a) perdonado(a), es la que matiza y empuja todos los rasgos de la espiritualidad Ignaciana, como lo veremos más adelante. A la manera como nos invita Ignacio a experimentarlo, ser pecador(a) “abierto(a) a Dios” no aleja, sino que acerca a Dios –contra toda la expectativa religiosa habitual–

A continuación se tiene la experiencia de la contemplación²⁶ del Reino que nos introduce de lleno a una modalidad del *hacer*. Es hacerlo todo *al modo* de Jesús. Y es *hacer también nosotros el Reino*. Un hacer que es también “dejarse hacer”, dejarse afectar –ser puesto, ser elegido–, dejar actuar a *la*²⁷ Espíritu (la gracia). Con esto se inicia la *segunda semana*.

Después, la contemplación de la Encarnación nos va a hacer “sentir” lo que experimenta la Trinidad, “viendo” con ella, para luego percatarnos de la extrema solidaridad suya al formular la frase de “*hagamos redención del género humano*” (EE 107). La contemplación nos invita a ello también. La contemplación de toda la vida oculta es un camino para aprender a *sentir y proceder al modo de Jesús*. El método de la contemplación nos invita a tener sus mismos sentimientos y su mismo modo de proceder.

Nos encontramos luego con la llamada jornada ignaciana - (Banderas, Binarios, Tres Maneras de Humildad). Esta nos hace experimentar la comprensión más profunda de los deseos y su dinamismo. Primero, a desear por lo menos desear. Esto sería el nivel de Principio y Fundamento. Luego, de una forma más simple –quizás en el ofrecimiento del Reino– deseando de todo corazón, con “determinación deliberada”. Para, en seguida, aprender que la clave está en desear *ser puestos(as) con el Hijo*. Experimentar este deseo nos dispone a la vivencia de la pasión –*tercera semana*–.

Experimentar la pasión, es la invitación por excelencia a la solidaridad como consecuencia del amor. Se nos invita a hacer y padecer: “*qué debo yo hacer y padecer por*

²⁶ La contemplación y la meditación son dos tipos de oración propuestos por Ignacio para conocer a la persona de Jesús y dejarse configurar por Él. La meditación invita a acercarse al texto, empleando fundamentalmente la racionalidad, la voluntad y la memoria; la contemplación, invita a hacerlo más desde la sensibilidad, desde lo intuitivo. Esta sensibilidad se acentúa en “la aplicación de sentidos” –otro modo de orar contemplativamente: ver, oír, gustar, *como si presente me hallase* (EE 114).

él” (EE 197). Finalmente, la resurrección –*cuarta semana*– es experimentar la esperanza y la alegría de la nueva vida de Jesús: “... *queriéndome afectar y alegrar de tanto gozo y alegría de Cristo nuestro Señor*” (EE 221). Es aprender a “hacer esperanza” en nosotros y en los demás, sabiendo también que es gracia a pedir.

Culminan los Ejercicios con la contemplación para alcanzar amor, que es la gran síntesis de todo. Es experimentar que es el amor lo que debe regir, y también, que el amor se expresa concretándolo en acciones. Esta contemplación deja la clave de la relación con Dios: *de amante a amado, de amado a amante* (EE 231).

En síntesis, siguiendo la experiencia de los EE, podemos afirmar que el ignaciano, la ignaciana, es alguien que se ha formado en una escuela fundamental que le abre al *sentir profundo*, al *hacer como tarea recibida*, como *don*, y a ser capaz de padecer por ese Jesús encontrado en el sufrimiento de la humanidad (EE 195), para vivenciar también su gloria en el contexto del Reino. Es esta vivencia lo que animó a los primeros compañeros de Ignacio a buscar otros compañeros y hacer organizaciones (congregaciones) en donde lo del servicio a los necesitados se hacía crucial desde lo que se había vivido del encuentro en Ejercicios²⁸.

Ahora bien, la experiencia de los Ejercicios debe estar acompañada de una experiencia retante en lo humano, en lo histórico. Muchas veces los Ejercicios pierden su mordiente, precisamente porque no son acompañados o precedidos de un haber compartido, por lo menos por espacios serios y significativos, con el dolor de la humanidad, con la injusticia y con el querer devolverle el rostro humano al mundo²⁹. No obstante, esta experiencia de contacto serio con el dolor del mundo –sobre todo para los(as) laicos(as)– no está determinada únicamente por un tiempo largo de contacto con el sufrimiento de las mayorías, sino por un

²⁷ Llamamos “la” Espíritu, porque en hebreo *Ruah -espíritu-* es palabra femenina, y es lo femenino lo que mejor da cuenta de su actividad. Cfr. CABARRÚS, Carlos Rafael. *La mesa del banquete del Reino: criterio fundamental del discernimiento*. 2ª ed. DDB, Bilbao, 1999. Pág. 163.

²⁸ Para comprender los Ejercicios como un instrumento de obrar la justicia, véase la ponencia presentada en Bruselas: CABARRÚS, Carlos Rafael, “*Les Exercices spirituels: un instrument pour travailler à la promotion de la justice*”. En: *La pratique des exercices spirituels d’Ignace de Loyola*. IET. Bruxelles, 1991. Pág. 123 s. Esto aparece también, como introducción del libro “Puestos con el Hijo”. ICE, Guatemala, 1998.

²⁹ Cfr. CABARRÚS, Carlos Rafael. “*Por qué no nos cambian los Ejercicios*”. En: ALEMANY, Carlos y GARCIA MONGE, José A. *Psicología y Ejercicios Ignacianos*. 2 volúmenes. Mensajero-Sal Terrae. 2ª edición, 1996. Pág. 277.

encuentro significativo –por los efectos internos que ella produce– con esa realidad; un encuentro que puede partir de un acontecimiento inesperado o traumático (como la bala de cañón para Ignacio), una experiencia casual pero marcante, un diálogo profundo con alguien que ha compartido de cerca esa realidad, los medios de comunicación, o algo similar.

En definitiva, una persona que ha hecho la experiencia de los Ejercicios y tiene experiencia de haber compartido de cerca con las mayorías necesitadas, podrá tener seguramente, en su modo de ser y actuar, los rasgos de la espiritualidad ignaciana.

Los rasgos característicos de la ignacianidad

La persona ignaciana, quien viva la *ignacianidad*, va a manifestar unos rasgos típicos que también se deben encontrar en los jesuitas, pero que no se agota de ninguna manera en ellos. Estos rasgos son: *ser compañero(a)*, *sentirse apasionado(a) por la misión*, *buscar la mayor gloria de Dios*, *poder convivir con la paradoja*, *tener una experiencia de oración muy concreta*, *caminar superando etapas*, y *vivir en espíritu de discernimiento*.

1. Ser compañero(a) de Jesús

De ordinario se ha identificado la palabra “compañía” con algo guerrero o de armas (es una interpretación tardía en castellano y no pretendida en Ignacio), sin embargo, hay una acepción quizás calcada de las lenguas germánicas en la que *compañero* –y por ende *compañía*– tiene que ver con el hecho de compartir el mismo pan³⁰. *Compañero* es “quien come el pan con otro”³¹. Por esa razón quizás, al buscar el nombre para los incipientes jesuitas, cayó como anillo al dedo lo de *Compañía de Jesús*, que por lo menos en las lenguas romances podía mantener esa connotación tan rica.

Por eso también Ignacio –laico– busca amigos y comparte con ellos los dineros y la comida, en las universidades en que estudió, dándoles los Ejercicios y convidando a la solidaridad con los más necesitados..., él hacía muchas diligencias,

³⁰ Cfr. DELGADO, Feliciano. “*Compañía de Jesús. Análisis filológico del término*”, En Manresa, op. cit. pág. 249-256.

³¹ En hebreo, amigo “reha”, es aquel con quien se comparte el alimento.

desde el mismo comienzo, para “remediar a los pobres” (Autobiografía n° 57). De ahí también se entiende por qué Ignacio sale siempre en búsqueda de compañeros y compañeras con los(as) cuales podía compartir todas esas experiencias. En este sentido es interesante considerar cómo la amistad -como expresión y extensión de la relación con Jesús- no llevó al laico Ignacio a tratar solamente con los hombres. Su relación con múltiples mujeres fue siempre muy manifiesta, muy rica y perdurable³². La personalidad de Ignacio, y su sensibilidad y capacidad para el acompañamiento espiritual, fueron influidas seguramente por su relación amplia y cercana con las mujeres³³.

Este contexto de compartir el pan está también escenificado en el Reino: *“por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc. asimismo ha de trabajar conmigo”* (EE 93). Desde allí se está modelando al ignaciano(a), como “compañero, compañera” de Jesús.

Para quien es ignaciano(a), Jesús es central porque así lo ha experimentado en Ejercicios. No sólo lo conoce sino que ha llegado –por gracia– a sentir como Jesús para actuar como Él, ha sido llevado a encarnarse con su sensibilidad. Por esto, el centro de la vida es el Señor, al que se le experimenta amigo y *compañero*, porque en el coloquio de la oración ha aprendido a hablar con el Señor: *“como un amigo habla a otro amigo”* (EE 54). Toda la experiencia de la segunda semana está transida de este enamorarse de Jesús hasta las últimas consecuencias (3ª Semana) y de ponerse en su compañía: es el *“conmigo”* que borda las escenas del Reino.

La experiencia de ser pecador(a) perdonado(a), le da un matiz específico a este rasgo: es pecador(a) y, sin embargo, es llamado(a) a ser compañero(a). Tal vez es lo más profundo de esto, que precisamente por eso de ser pecador(a) perdonado(a) es llamado(a) a “compartir el pan”, justamente porque primero, con su pecado, de alguna manera, traicionó. Esta es también la nueva comprensión de lo que es ser jesuita y, por transposición, de lo que es ser persona Ignaciana: “pecador perdonado, llamado a ser compañero de Jesús” (CG XXXII, 2)³⁴.

³² RAHNER, Hugo. *Ignace de Loyola et les femmes de son temps*. 2 vol. Colección Christus. DDB, 1964.

³³ THIÓ, Santiago. *Ignacio, Padre espiritual de mujeres*. En: Manresa, Vol. 66, n° 261, 1994. Pág. 424.

³⁴ *Congregación General XXXII*, decreto 2,1. Congregación General es la máxima autoridad de los jesuitas: es donde se elige, por ejemplo, al General que es de por vida, y donde se discuten los temas de mayor importancia para la Compañía. En su historia únicamente ha habido 34.

En Ejercicios, la persona ignaciana aprende a descubrir a Jesús en su Palabra, en la Eucaristía y también en los necesitados: “cómo padece Cristo en la humanidad” (EE 195). La contemplación de Emaús (Lc 24, 13ss) favorece esta múltiple presencia: Jesús como compañero de camino, solidario con el desánimo, desentraña su presencia en las Escrituras y comparte el pan con ellos, manifestándoseles en el símbolo eucarístico.

Esta experiencia hace que el(a) ignaciano(a) fomente la compañía de la persona de Jesús, pero también generando compañía entre los demás. La espiritualidad laical ignaciana es, *posee*, como algo esencial, el rasgo del compañerismo: del compartir el pan, de compartirse por los demás: de volverse nutrición para otros y otras. La persona ignaciana de ninguna manera puede ser una personalidad aislada, de alguna forma tiene que tener experiencia de vida con otros por medio de las CVX (comunidades de vida cristiana), los voluntariados jesuitas, o algún otro tipo de pertenencia. En este aspecto, la Congregación General XXXIV propone como una de las líneas de búsqueda para los próximos años, el modo de operacionalizar y concretar esta vinculación de los(as) laicos(as) al cuerpo de la Compañía³⁵.

2. El rasgo de la pasión por la misión

En la Compañía, en la Parte VII de nuestras Constituciones³⁶, el criterio de que “*el bien cuanto más universal es más divino*” (Const. 622) se vuelve criterio de elección de las tareas apostólicas. Pero esto está inscrito ya en la invitación del Reino: “*mi voluntad es conquistar toda la tierra de infieles*” (EE 93); “*mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos*” (EE 95). Ante esta invitación hay varias posibles respuestas. El ignaciano, la ignaciana, estarán entre “*los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio*”, entre quienes “*harán oblaciones de mayor estima y mayor momento*” (EE 97), es decir, de más entrega y de mayor trascendencia.

³⁵Cfr. Congregación General XXXIV, decreto sobre los laicos. En este decreto, especialmente del numeral 21 al 25, presenta la Congregación el reto que esto representa para la Compañía, y la urgencia de buscar modos de vinculación jurídica de laicos y laicas que vivan la espiritualidad ignaciana, y sientan el llamado de una proyección apostólica, Pág. 300-302

³⁶Las Constituciones (Const.) son la regla fundamental de los jesuitas. Constan de diez partes. De alguna manera manifiestan el proceso de incorporación del candidato que quiere ser jesuita: todo el proceso de formación hasta que llegue a hacer parte del cuerpo -grupo de compañeros unidos para la misión-, lo que constituye a ese cuerpo -los votos, la misión- y el modo de gobernarse.

El laico(a) ignaciano(a) se ha dejado forjar en la invitación del Reino. Ahí las grandes hazañas propuestas por ese Compañero que es Jesús, seducen por sí mismas. La meditación del Reino prepara uno de los rasgos más distintivos de la persona ignaciana: “*encargarse de los demás*”, encargarse de las obras que solucionen los problemas de lo que ahora llamaríamos “mayorías”. Lo que ahora significamos como *pasión por el Reino*. Quien vive la *ignacianidad*, capta el bien de las mayorías como preocupación entrañable, a pesar de tener otras inquietudes y trabajos.

Un principio claro en las Constituciones es hacer obras que atiendan a las personas en su totalidad –bienes espirituales y corporales– (Const. 623). Pero todo nace de la pasión por llevar adelante la misión. Se tiene que ir a la parte del mundo “*que tiene más necesidad*” (Const. 622) y allí realizar obras “*más durables y que siempre han de aprovechar*” (Ibid). En las Constituciones este rasgo se traduce en otro principio apostólico: la vicariedad, hacer lo que otros todavía no pueden (Const. 623) –o no quieren hacer... se agrega aquí–. La fundación del Colegio Romano fue para la Compañía una plasmación de esta inquietud: formación de los sacerdotes que en ese momento carecían de Seminarios instituidos. Toda la actividad concretizada en “fundar colegios” llevó la misma idea: generar instituciones que fueran cambiando y formando personas que incidieran en cambiar el mundo.

La persona ignaciana se apasiona por llevar adelante el Reino, y por ello se dedica a realizar obras, no sólo porque sean buenas, sino porque tocan el corazón de la historia, haciendo allí actividades que la reestructuren y se institucionalizan porque cobran fuerza en sí mismas. Obras, por tanto, que modifiquen el modo como está constituido el mundo, para que acontezca el Reino.

La pasión por la misión, es también un rasgo marcado de manera especial por la experiencia de ser *pecador(a) perdonado(a)*: el perdón hace que se experimente que se estaba sin vida y ahora se tiene vida... Esto despierta la pasión por la misión, pues se constata que la gran tarea que se tiene afuera, en el mundo, en el Reino, no es imposible porque ya se está viviendo por dentro, en la propia vida, en la realidad personal.

A nivel personal, el laico Ignaciano, la laica Ignaciana –a ejemplo de Ignacio, laico– trata de llevar de una manera muy estructurada, hasta la experiencia de los EE y a una profunda conversión, a cada una de las personas que se le presentan en

su vida. Es lo que Ignacio llamó “la conversación espiritual”, y es lo que hoy denominamos acompañamiento espiritual”.

3. Persona de la mayor gloria de Dios

Otro rasgo de la persona ignaciana, que emana del anterior es lo de la *mayor gloria de Dios*. Eso sí, entendida la *gloria a Dios* al modo de Ireneo: “Gloria Dei vivens Homo” –*¡que la persona tenga vida!*–. Quien tiene ese carisma ignaciano no busca el modo bueno, sino el mejor, el que más toque, el que más cambie, el que haga que todas las personas tengan vida, y vida abundante.

Para ello quien vive la *ignacianidad* es alguien “excelente” en algún campo. No es que se quiera clasificar a la gente, pero debe haber una excelencia en la persona, con el criterio más adecuado para cada quien. En los ambientes de la Compañía y en los que la han rodeado, se hizo siempre mucho énfasis en la excelencia académica y en el comportamiento ético intachable; excelencia que no se mide ni sigue parámetros humanos, sino que se adquiere al sentirse atraído por un *Deus semper maior* –Dios siempre mayor–. Es lo que se denominó “virtud y ciencia”. Pero obviamente *la excelencia fundamental es el excedente de humanidad*: lo que supera la norma, lo que va más allá de lo lícito, lo razonable... se muestra en una actitud hacia los demás que se acerca a la incondicionalidad en la acogida. Esto lo veía ya Ignacio, aun para el nombramiento del General de la Compañía, donde se decía que, si faltaban otras cualidades humanas no faltara “*la bondad mucha (...) y buen juicio, acompañado de buenas letras*” (Const. 735).

Es decir, que los(as) laicos(as) ignaciano(as), salidos de la contemplación del Reino, manifestarán una espiritualidad de tipo ético y no tanto cultural. Les interesa encargarse “de lo de Dios” a la manera de Mt 25, en el Juicio de las Naciones: las obras de justicia solidaria son la evaluación fundamental de la acción humana. Esto conlleva la preocupación correlativa de que el nombre de Dios se reivindique, quede bien inscrito en la historia. Y ello como quehacer que atrae y seduce primordialmente. Esto envuelve la desfeticización de las falsas imágenes de Dios y la oferta vivenciaj –*a todos y de la mejor manera*– del Dios que Jesús nos manifiesta. Esto vuelve a implicar lo del Reino, sus personas y la misma naturaleza. Lo de Dios para el ignaciano, ignaciana, está transido de la contemplación para Alcanzar Amor, en donde todo habla de ese Dios que se entrega en todas las cosas y al que no queda sino devolverle todo, comprometerse por Él, de la misma manera que hace “el amado con el amante” (EE 231).

Por esto, el laico, la laica ignaciana, tiene que estar –física y/o moralmente, con algún vínculo orgánico– en una obra “de punta” que de alguna manera incida para hacer las cosas de otro modo, para servir mejor a más personas, estructuralmente. La persona ignaciana no puede ser del común, aunque esté en el común; es decir, tiene que distinguirse porque realmente vive la búsqueda de la excelencia, del magis, de la mayor gloria de Dios, con todo lo paradójico que esto entraña.

4. Una espiritualidad de paradojas

La persona ignaciana tiene que vivir desde el comienzo de paradojas. Vivir la paradoja que implica siempre el seguimiento de Jesús (Dios-hombre), pero aquí tomado como carisma, como modo de ser habitual. A esto invita Ignacio desde la contemplación de la Encarnación donde, por una parte nos hace ver “*cómo las tres personas divinas miraban toda la planicia o redondez de todo el mundo*”; nos hace contemplar “*la su eternidad*” de esas tres personas (EE 102), pero en un segundo momento nos hace verificar “*particularmente la casa y aposentos de nuestra Señora, en la ciudad de Nazaret, en la provincia de Galilea*” (EE 103). Esta paradoja se resalta también en la insistencia de Ignacio de que Dios se comunica directamente con quien hace los Ejercicios (EE 15), y sin embargo se presupone que debe recibirlos de otra persona, y confrontar con ella lo que acontece en su encuentro con Dios³⁷. Es decir, la persona ignaciana tiene que ser capaz de ponerse desde Dios en toda su apertura infinita, y de poder estar al mismo tiempo frente a una persona concreta con sus necesidades más específicas y particulares.

Pero a esto se educa el ignaciano, la ignaciana, cuando aprende que tiene que poner todo de su parte para la oración, siendo muy fiel a las “adiciones”³⁸ (EE 73), persuadiéndose después en la práctica “*que sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es propio de Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad*” (EE 330).

Quien va a vivir la *ignacianidad*, va a aprender en la escuela de la oración la frase que define el modo de Ignacio de “*non coeercer; maximo, contineri tamen a*

³⁷CODINA, Víctor. *La paradoja Ignaciana*. En: Manresa, Vol. 61, 1991. Pág. 277

³⁸Recomendaciones que hace Ignacio para que, quien está haciendo Ejercicios, se disponga mejor para la experiencia y colabore a la acción de Dios. Tienen que ver con la preparación de la oración, y el ambiente físico y psicológico propicio para ella.

*minimo, divinum est*³⁹, que puede traducirse como “no amedrentarse ante lo más grande, y sin embargo encajar en lo más pequeño, eso suena a Dios”. También allí aprenderá a “hacer todas las cosas como si dependen de nosotros sabiendo que en definitiva dependen de Dios”. ¡Dos movimientos paradójicos significativos! Uno dispone a la aparente contradicción de no conocer límites para enfrentar lo más grande, y sin embargo poder estar apaciblemente ajustado en lo más pequeño⁴⁰. El otro hace referencia a poner toda la confianza en el Señor –a tal punto que no haya la más mínima intimidación ante el emprendimiento de ninguna tarea– y a la vez poner todos los medios humanos para su consecución, consciente siempre de la propia limitación personal⁴¹.

Esta espiritualidad de paradoja se expresará en poder ser contemplativos en la acción, en realizar las cosas espirituales desde la “*pasiva actividad*”. Nunca pidiendo en directo estar en la bandera de Jesús, sino suplicando “ser puestos” con el Hijo. “*Sólo si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y recibir*” (EE 147). Es vivir la tarea en suma eficacia, pero siempre como un regalo no merecido. Es estar a solas la *criatura con su Creador*, pero en discernimiento con *las reglas de sentir con la Iglesia* (EE 352 ss), a solas pero siempre acompañado(a) por una persona testigo de la obra de Dios...

En este rasgo, nuevamente, la experiencia de ser *pecador(a) perdonado(a)* le da un matiz específico: es el gran resorte de la continua conversión. Captar esto es requisito para hacer los Ejercicios y por tanto para vivir la *ignacianidad*. Es captar la esencia misma del Evangelio en el que al(a) pecador(a) es a quien más se ama... Es

³⁹Gaston Fessard, sj., en “*La Dialectique des Exercices Spirituels de Saint Ignace de Loyola*”, insertó al final del tomo 1 un plegable con el “*Elogio Sepulcral S. Ignatii*” que contiene dicha máxima. En el mismo tomo plantea que es atribuida por Halderlin a un jesuita anónimo que compuso dicho Elogio Sepulcral de San Ignacio en el año 1640. Se pensó equivocadamente que era una lápida sepulcral, pero en realidad parece ser una poesía latina en la que aquel jesuita quiso caracterizar, con la remembranza de Ignacio, la espiritualidad ignaciana. Esta documentación sobre el origen de la frase, ha sido investigada y compilada por Javier Osuna, sj. A él agradecemos el enriquecimiento de este texto.

⁴⁰Cfr. RAHNER; Hugo sj. “*Ignacio de Loyola y su histórica formación espiritual*” *Sal Terrae*, 1955. Pág. 14

⁴¹Cfr. WALSH, James. “*Work as if Everything Depends on – Who?*” *The Way Supplement* 70 (1991), pág. 125-136. Citado por TALBOT, John. “*Como si todo dependiera de... quién?*”, Noviciado Jesuita, Puerto Rico. [s.p.i.]

la gran paradoja de sentirse hasta “basura” y a la vez necesitado(a) para la misión, para la tarea del Reino. (Cfr. 1 Co 1, 25 ss)

Este rasgo de la espiritualidad favorecerá que la persona Ignaciana realice tareas de frontera y de riesgos extremos, abrazando por ejemplo, cosas que pueden sonar contradictorias en sí mismas: la máxima inculturación, desde la máxima fidelidad al Evangelio –como escandalosamente realizaron los primeros jesuitas misioneros en China, Japón y la India–; que pueda ser revolucionario(a) y cristiano(a); que sea capaz de criticar a la Iglesia y a la vez sentirse hijo(a) amante de ella...

La paradoja, para la persona ignaciana laica, puede experimentarse de manera especial en determinados ámbitos. Por ejemplo, el del prestigio profesional y el mejoramiento económico inherente a éste, la necesidad de asegurarse un futuro económico, la búsqueda del *magis* que invita a querer mejorar, a buscar puntos claves de influencia, y a la vez el ir siempre “hacia abajo”, hacia las mayorías desposeídas, hacia el encuentro con los más pobres. Es ayudar a que el pobre crea en el pobre, la máxima paradoja social y política. Otra paradoja, otra aparente contradicción es la de la primacía del actuar, de la participación en la vida social del mundo, y a la vez, la búsqueda de espacios de silencio, desierto y oración, y la opción de la austeridad en el modo de vida, pero no escatimando la excelencia de los medios. Otra gran paradoja a la que se ven enfrentados los(as) laicos(as) está en la incompreensión afectiva de su pareja, cuando es sólo uno de ellos quien ha iniciado o vive el itinerario de la espiritualidad ignaciana, obligando a vivirlo al modo de Nicodemo, en una especie de vida oculta, con el consubstancial conflicto interior que esto conlleva; o la dificultad para conciliar el tiempo que exige la familia con el tiempo que exige –o se quiere dar– al trabajo apostólico.

Solamente quien ha asumido como carisma la paradoja que implica el seguimiento de Jesús, puede vivir en equilibrio y con suavidad –clave del Espíritu de Dios en Ignacio (EE 334³)– la aparente contradicción,

5. Con un tipo de oración específica

El(a) Ignaciano(a) ha recibido un entrenamiento muy fuerte en Ejercicios con un tipo de oración que es de petición, eso sí, pero de petición de lo fundamental en torno al Reino, en torno a la mayor gloria de Dios, por una parte, y por otra, una oración que está toda ella concatenada. Se pide por donde el Señor ya ha venido dando..., de allí que la última oración –y lo que entonces se desarrolló– es

el punto de partida de lo que sigue. Es decir, que los puntos de oración los ofrece la oración anterior. Esto da una contundencia muy fuerte a la oración del ignaciano, la ignaciana.

La persona ignaciana ora a veces utilizando la meditación, es decir, el ejercicio de la racionalidad, de la voluntad, de la memoria –la parte más masculina nuestra– pero muchas más veces ora utilizando la contemplación, que es el ejercicio de la sensibilidad, de lo intuitivo, de lo sensible –la parte nuestra femenina–. Esta parte llega a su culminación en “la aplicación de sentidos”: es la puesta en práctica de toda la sensibilidad, es donde Ignacio le da a la sensibilidad un papel que nunca se le había dado en la Iglesia, y que no termina aún de explotarse.

La oración de la persona ignaciana capta la totalidad humana y privilegia el cuerpo. Adapta el cuerpo a la manera de obtener la gracia: lo mueve, se pone en pie, de rodillas, se tira al suelo (EE 76), pero no necesariamente con posturas estáticas, sino *escuchando el cuerpo*, moviéndolo hasta que se encuentre lo que se busca. Aún no se han sacado todas las posibilidades de la introducción del cuerpo en la oración. Tal y como está considerado en los Ejercicios, los mismos ayunos y penitencias –que han tenido tantas exageraciones– son un camino de introducir el cuerpo en lo que está aconteciendo (EE 89), pero no como camino de mortificación –ese no es el sentido que propone Ignacio–, sino como medio para que el cuerpo se incluya y haya en él *un movimiento que permita captar el movimiento de Dios*. La inclusión adecuada del cuerpo es también el medio que hace más sensible al dolor de Cristo al padecer en sí mismo(a), de alguna manera, el dolor del pueblo⁴².

La persona ignaciana está habituada a una oración contextualizada. El esquema de los Ejercicios es el del por dónde se desliza su experiencia. La ruta de los Ejercicios es la combinación de la Historia de la Salvación, presentada al modo de Ignacio, en articulación con la historia de la propia conversión: la biografía espiritual⁴³. Esto se convierte en el camino básico de conducir la oración. Este fenómeno se experimenta más compactado en los Ejercicios de mes, pero también es importantísimo –aunque más diluido– en los Ejercicios en la Vida corriente. Más aún, estos ejercicios

⁴² Cfr. CABARRUS, Carlos Rafael. *Puestos con el Hijo: guía para un mes de ejercicios en clave de justicia*. Instituto Centroamericano de Espiritualidad, Guatemala, 1998 págs. 286-288.

⁴³ El P. Kolvenbach ha intuido esto cuando habla del Evangelio según Ignacio al examinar la re-lectura del Evangelio propuesta por él en los mismo Ejercicios, en donde selecciona textos, introduce unos nuevos (EE 299), o suaviza otros (EE 277).

brindan un aspecto más historizante que los compactos, en cuanto se inserta la historia real en ellos⁴⁴. Ciertamente los Ejercicios en la Vida Corriente (EVC) tienen un aspecto mucho más contextualizado en cuanto allí la Historia tal como la vive el pueblo de Dios, constituye un ingrediente estratégico de la espiritualidad. Todo esto nos está indicando el talante de la oración de la persona ignaciana: es una oración que hace a la persona *contemplativo en la acción*, y en una acción que tendrá repercusión política porque quiere cambiarle el rostro al mundo.

La persona ignaciana está, además, acostumbrada a *evaluar* la oración. No se concibe, propiamente hablando, una oración que no traiga consigo su propio examen. Más aún, como veremos adelante, es una oración –que por el dinamismo del discernimiento– exige el *cotejamiento* con un acompañante espiritual, por una parte, pero también no tiene plena validez sin la *confirmación subjetiva*: cuánto ha crecido la persona con todo lo que está viviendo, y sobre todo, la *confirmación histórica*: cuánto ha producido Reino la oración que se viene llevando.

De allí que, para el ignaciano, la ignaciana, los Ejercicios, además de ser una escuela de oración, son sobre todo escuela de vida. Escuela que puede ayudar a invertir el hecho de que *como nos comportamos en la vida nos comportamos en la oración*, para pasar, después de su entrenamiento, a la posibilidad de que *como nos comportemos en la oración nos podemos comportar en la vida*. Es decir, que si en la oración en los Ejercicios se aprende a tener un nuevo patrón de conducta, es posible –con la fuerza de la gracia– empezar a ser una persona nueva en la vida. Mas aún si tenemos en cuenta que la experiencia profunda de encuentro con Dios vivida en los Ejercicios, modifica el inconsciente y por tanto hace posible que se sea realmente una persona nueva⁴⁵.

6. Una espiritualidad procesual y de requisitos

Con todo lo exigente que presentamos lo que puede ser el carisma del ignaciano(a), parecería que todos(as) tuvieran que tenerlo ya en su máxima explicitación. Es inherente, sin embargo, a la misma “ignacianidad” el hecho de vivirse todo en procesos paulatinos, por una parte, y por otra, que llenen ciertos requisitos de posibilidades reales y deseos eficaces. Como también es inherente el

⁴⁴ Véase el capítulo “La inserción de la historia en los Ejercicios” En: CABARRUS, Carlos Rafael. Puestos con el Hijo... Pág. 259.

⁴⁵ Cfr. CABARRUS, Carlos Rafael. *Orar tu propio sueño*. UPCO, Madrid, 1996. págs. 48-51

hecho de que ser pecador(a) no aleja sino que dispone, en consonancia con el requisito evangélico de ser pobre y/o pecador(a). Son los pobres y/o pecadores quienes captan el mensaje de Jesús (Mt 11,25), porque ellos son sus destinatarios por excelencia.

El esquema de Ejercicios nuevamente nos da la clave de lo procesual. En las Anotaciones –que son las directrices para darlos– encontramos la número 18, en la que se da razón de personas que no pueden entrar de lleno a los Ejercicios y se establece, entonces, criterios según “la edad, letras e ingenio”. Hay personas, por otra parte, que carecen realmente de deseos, que “sólo quieren llegar hasta cierto grado de contentar a su ánima”. Para estas personas a quienes les faltaría lo que Ignacio llama “subyector”⁴⁶ (o porque no pueden o porque no quieren ir a más), recomienda “darles algunos destes ejercicios leves” (EE 18).

Este criterio procesual se nota también, claramente, en la contemplación del Reino, donde hay una clasificación de personas que se quieren comprometer más que otras (EE 96-97). La persona ignaciana estaría entre “*aquellos que se quisieran más afectar*” (EE 97), aunque sea deseando desear estar en esa tal situación: teniendo por lo menos “*deseos algunos de hallarse en ellos*”, como se espera en la evaluación a los candidatos a la Compañía (Examen, Const. 102).

Ya hicimos alusión anteriormente a la escalada pedagógica que Ignacio establece respecto a los deseos. Primeramente atreviéndose a por lo menos “desear desear”, en seguida, atreviéndose a desear claramente (en la meditación del Reino), hasta llegar –con Banderas y Binarios– a pedir “*ser recibido debajo de su bandera*” (EE 147). Y esto es haber captado la clave de la espiritualidad.

El criterio evaluativo también está muy marcado en los Ejercicios: se distingue a “*los que van de pecado mortal en pecado mortal*” (EE 314), de “*los que van de bien en mejor subiendo*” (EE 315). Las reglas de discernimiento de la segunda semana, por ejemplo, sólo deben darse una vez pasada la primera (EE 9) y sólo cuando la persona muestre que está ya “de punto” para recibir las. Más aún, “*al que toma*

⁴⁶ *Subyector* es una palabra muy ignaciana pero de difícil traducción. No es sólo “capacidad”, ya que lo contraponen a esto precisamente el mismo Ignacio (EE 18). Implica también decisión, ánimo para cosas grandes. Carácter, aptitud e idoneidad, es la manera como Arzubialde traduce esta palabra. Cfr. ARZUBIALDE, Santiago. *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio: Historia y análisis*. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1991, p. 29

ejercicios en la primera semana, aprovecha que no sepa cosa alguna de lo que ha de hacer en la segunda semana" (EE 11). Se hace énfasis, además, en que no se puede pasar a otra semana hasta haber obtenido la gracia de la semana anterior. Es decir, todo está enmarcado en los procesos espirituales de cada ejercitante.

Es bien sabido cómo Ignacio retuvo al mismo Francisco Javier, para tener su propia experiencia de Ejercicios, por casi dos años. De alguna manera no terminaba de darse el tiempo maduro para esa experiencia fundamental.

Es decir, la *ignacianidad*, es un proceso que tiene requisitos para vivirse, un camino abierto que se va recorriendo por etapas, de la misma manera que lo fue haciendo Ignacio, el laico peregrino. Es una espiritualidad que implica la *experiencia* de los Ejercicios, el *compromiso* con la transformación del mundo desde su quehacer personal concreto, y *formación* intelectual constante para mejor servir. Experiencia, compromiso y formación, tres palabras que hacen que sea una espiritualidad completamente dinámica pero procesual.

7. Una espiritualidad de discernimiento

El gran descubrimiento del laico Ignacio es que dentro de sí mismo existían fuerzas o vectores que tiraban de su vida. Unas hacia lo de Dios, otras alejándolo: unas veces de manera clara, otras de manera más bien oscura. Ignacio laico es el gran maestro de psicología y de espiritualidad, que se gesta en la pura y profunda observación personal tenida en momentos críticos de la vida: él estaba al borde de la muerte, como consecuencia de la herida recibida por la bala de cañón. Esa crisis lo hace reaccionar de manera novedosa.

Aquí late un rasgo importante de la *ignacianidad* y en el que juega un papel importantísimo eso que denominábamos *subyector* –la decisión, el ánimo para cosas grandes, el carácter, la aptitud, la idoneidad–⁴⁷. Ese *subyector* se engendra a partir de unas cualidades, pero sobre todo de unas experiencias que hacen ahondar en lo humano y en lo divino que hay dentro de nosotros. El *subyector*, por tanto, se va gestando consecuentemente.

La persona ignaciana es la persona que es apasionada, como el mismo Jesús, por la voluntad de Dios. La voluntad del Padre definitivamente tiene que

⁴⁷ Ver nota nº 47.

ver con el Reino y lo que eso realmente significa: un proyecto del Dios Padre-Madre para con la humanidad, que implica justicia, dignidad, derechos, respeto a la tierra. Pero eso implica un diálogo constante con Dios y con la humanidad; de ahí la importancia también del discernimiento comunitario en la promoción del Reino.

El ignaciano, ignaciana, es quien ha podido tomar en serio su vida; es quien ha podido ir nombrando los acontecimientos internos e irlos comprendiendo para no dejarse subyugar por ellos. No hay posibilidad de una persona ignaciana verdadera que se desconozca en lo hondo suyo. Discernir va a ser algo connatural a quien viva la *ignacianidad*, pero para eso debe conocerse y aprenderse a manejar en su propia humanidad.

En este esfuerzo de introspección –hecho necesario y requisito *sine qua non*– va a poder detectarse eso que Ignacio acaricia tanto: los deseos, que son las fuerzas que emanan de lo mejor nuestro y donde encontrará la posibilidad de que encajen perfectamente los deseos de Dios, los umbrales del Reino. Para eso será necesario saber distinguir “*los pensamientos pasados*”, los deseos de superficie, de los “*santos deseos*” (Autob. 10), como también cómo unas cosas “*le deleitaban mucho*” pero luego “*hallábase seco y descontento*” (Autob. 8), pasado algún tiempo. Como lo aprendió Ignacio:

Hasta que una vez se le abrieron un poco los ojos y empezó a maravillarse desta diversidad, y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios (Autob. 8).

Toda la Autobiografía de Ignacio muestra el camino por donde él adquirió la práctica del discernimiento que luego la plasmó en los Ejercicios.

La persona ignaciana conoce y sabe manejar las reglas del discernimiento porque las ha practicado en los Ejercicios, en su oración habitual y en su examen diario. Con esas reglas puede ir detectando, en primer lugar, lo que de verdad experimenta, pero sobre todo el “a dónde le llevan” esas vivencias que pueden darse dentro del corazón pero también en el mundo exterior, en la historia. Esta regla básica de discernimiento encuentra en lo que hemos denominado los cuatro pedestales de la mesa del banquete del Reino, los rectos criterios de discernimiento: si algo que experimentamos –dentro o fuera de nosotros mismos– nos lleva a las

obras de justicia solidaria (Mt 25, 31 ss), si nos conduce a la experiencia de un Dios pura misericordia y que nos invita a ser así misericordiosos (Lc 6, 36), si por estas dos cosas el mundo no nos comprende o nos persigue –a veces hasta el riesgo de la vida– y sentimos, sin embargo, fuerza para enfrentarlo (Mc 8,34 y paralelos), si –finalmente– esos movimientos (internos o externos) nos convidan a cuidar de nosotros con la dedicación que atendemos a las personas necesitadas (Mt 19, 19), estos cuatro derroteros nos están indicando claramente que tienen a Dios como origen y providencia⁴⁸.

La persona ignaciana habrá comprendido por propia experiencia, la necesidad de aprender a historizar las mociones⁴⁹, y por otra parte de impedir que las tretas⁵⁰ tomen cuerpo y realidad. El ignaciano, la ignaciana, han entendido que discernir es optar; que todo lo que va manifestándose en su interior o en el exterior, si viene de Dios, son impulsos e invitaciones para que se vaya realizando el Reino. Ha comprendido y sabe emplear las “*reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para recibir y las malas para lanzar...*” (EE 313). Ha hecho del discernimiento una actitud vital que le permite discernir “en caliente”, es decir, en el momento mismo que están sucediendo las cosas, o en el momento que las está examinando, justamente porque se ha hecho una persona *contemplativa en la acción, y en la acción del Reino*.

Por último, la persona ignaciana conoce la necesidad del cotejamiento respecto al discernimiento. Sabe que toda moción (interna o histórica) tiene como objetivo hacer posible el Reino. Por tanto, tiene que haber alguna persona con “densidad eclesial” que lo confronte sobre la idoneidad y adecuación de eso que piensa o experimenta, con los proyectos del Reino. Mientras más envergadura tenga una moción y mayor sea su trascendencia político-social, más necesidad habrá de cotejarla. Por otra parte, el ignaciano, la ignaciana, aprenderá, como el mismo Ignacio, que la recurrencia a pedir confirmación del mismo Señor está en la esencia del discernimiento. Todo el Diario Espiritual suyo está lleno de esta necesidad de “re-confirmación” de parte de Dios:

⁴⁸ Cfr. CABARRÚS, Carlos. *La mesa del banquete del Reino*. Sobre todo el capítulo IV.

⁴⁹ Todo impulso, invitación, sugerencia de Dios. Lleva hacia el Señor y su Reino, en general. Es decir, todo lo que venga del Buen Espíritu.

⁵⁰ Engaños, invitaciones, sugerencias del mal espíritu. Llevan a apartarse de Dios y su Reino; es decir, todo lo que venga del mal espíritu. Es lo que corresponde, en el lenguaje de Ignacio, a las mociones procedentes del mal espíritu.

Después, al preparar del altar y al vestir, un venirme: Padre eterno, confírmame. Hijo ete: no, confírmame, Espíritu Santo eterno, confírmame. Santa Trinidad confírmame; un solo Dios mío, confírmame; con tanto ímpetu y devoción y lágrimas, y tantas veces esto diciendo y tanto internamente esto sintiendo;...(Diario Espiritual, 48).

La gran confirmación, con todo, es en qué medida las cosas discernidas han jalonado el Reino, por una parte, y por otra, en qué medida todo este esfuerzo –divino y humano– ha generado en nosotros más *humanidad nueva*.

Itinerario y modo de detectar la ignacianidad

Puntualizando todo lo anterior, podríamos concluir diciendo que la persona con *ignacianidad* se puede encontrar en una institución de la Compañía de Jesús, en un colegio, en una universidad, en una parroquia. Pero puede también descubrirse en unos Ejercicios Espirituales acompañados. Van a tener todas ellas o ellos los rasgos antes enumerados aunque de manera incipiente. Ya que los jesuitas nunca promovemos “devoción” por San Ignacio, ciertamente los que denoten *ignacianidad* tendrán que haber tenido acercamiento a las obras de jesuitas o de otras personas ignacianas para haber captado algo de nuestro fundador.

Cuando alguien con ese tipo de rasgos –aunque fuesen en semilla– quisiera comenzar un camino ignaciano, habría que estructurarle una ruta muy definida. Estoy convencido de que un muy buen *conocimiento personal* y manejo de su propia humanidad es un requisito humano esencial⁵¹. Pero esta persona, además, o debe estar ya en un trabajo comprometido, o por lo menos vibrar –y tratar de estar articulado orgánicamente– con trabajos de envergadura, en donde la opción por la vida –en todos sus aspectos–, y por los pobres y necesitados, sea el eje. Tiene que estar en *contacto con lo de la mayor gloria de Dios*, y allí mostrar apasionamiento por el Reino. La personalidad ignaciana tiene que ser también promotora de “cuerpo” –que para Ignacio es la experiencia de la comunidad–. Esto puede irse haciendo concreción en

⁵¹ La propuesta que desarrollamos en el Instituto centroamericano de espiritualidad –ICE– para ayudar a las personas en este proceso, la tenemos sistematizada en el Taller de crecimiento personal –TCP–: una experiencia pascual de profundizar en el propio proceso vulnerado, en la parte herida, para luego ir hacia el pozo de la positividad, hacia el manantial donde está Dios que es el Agua Viva. Es una experiencia de reconocer a “Dios más íntimo que mi misma intimidad” (San Agustín), pero partiendo de la sanación y autoconocimiento de la persona.

una CVX, en un grupo de trabajo, apoyando una institución con el carisma ignaciano. Por así decirlo, el ignaciano, la ignaciana, *no es una personalidad aislada*.

Con todas esas “señales” habría que detectar aún el deseo de una experiencia fuerte de oración, concomitante (antes o después) a una experiencia honda con el dolor del mundo, con las situaciones de injusticia, con la búsqueda de mejores estructuras del mundo y con personas signo de humanidad nueva.

Creemos conveniente que esta persona pase por un taller de discernimiento y comience por experiencias de Ejercicios compactos⁵², si se puede, o de Ejercicios en la Vida Corriente (EVC) pero siendo muy fieles a ellos y con momentos de vivencia concentrada. No estaría mal el que conocieran una vida de Ignacio. La de Tellechea nos parece muy lograda – aunque prolija–, pero además concebida con la libertad de estar hecha por alguien que no es jesuita⁵³.

Mucho ayudaría, para la explicitación de la ignacianidad, la relación también con jesuitas. A nosotros, en lo que nos toca, la amistad con laicos, con mujeres, con los pobres, como hemos dicho en otra parte⁵⁴, nos enseña a ser mejores jesuitas.

Con todo lo anterior, no queda más que reafirmar lo implícitamente expresado: sólo en la medida en que la Compañía no se sienta la única heredera de Ignacio, y en la medida que esta espiritualidad ignaciana brote en el mundo laical, se estaría manifestando en plenitud el regalo que Dios dio a su iglesia y a su pueblo en la figura de Ignacio de Loyola.

(Diakonia, XXI/94, abril-junio 2000)

⁵² Una de las formas como realizamos este itinerario en el ICE es con el taller de un mes, en el que se inicia con diez días de conocimiento personal, se continúa con cuatro días de discernimiento y se termina con 12 días de Ejercicios con acompañamiento personalizado.

⁵³ TELLECHEA, José Ignacio. *Ignacio de Loyola, solo y a pie*. 3ª ed. Sígueme, Salamanca, 1990.

⁵⁴ CABARRUS, Carlos Rafael. “Ser amigos de los pobres, de los laicos, de las mujeres... nos hace amigos en el Señor: los nuevos desafíos de la comunidad jesuítica”. En: *Diakonia*, XXII-88. Managua, oct-dic. 1998 pág. 33.